

tránsito de un sueño celestial á la triste idea del desengaño, emanado de la quieta manera de juzgar. Toda vez que me preocupa la manifestación de mis ideas para hacer una relación correcta y acertada, me permito suplicaros os dignéis perdonar mis desaciertos.

Terminaré por decir que la ilusión, el placer, la alegría y el encanto que produjeron en mi alma las trasformaciones de la hada que contemplaba en mis ensueños, opacaron la luz de mis ojos, presentándome desde luego una nube rojiza, primorosa, que tomando formas naturales se elevaba de la superficie de la tierra, semejante en su esplendor á la imaginaria figura de un ángel.

Despojando mi espíritu de sus caprichosas ficciones y lleno de apacible calma, me hizo entrever el penoso tránsito de la ilusión á la realidad, ofreciéndome un porvenir de esperanzas risueñas mezcladas con el dolor, y asomando á mis ojos una lágrima de ternura, lancé un suspiro que ahogaba mi pecho.

San Luis Potosí, Julio 15 de 1887.

Lorenza Díaz de León.



La Luz.

La luz! flúido misterioso que envuelve el universo, radiante fulgor que ilumina los etéreos espacios, débil reflejo de la mirada de Dios. Cuán bella es la luz! cuánto habla á mi espíritu su esplendor y lucidez!

La luz! es el fenómeno más maravilloso de la creación; ella es la que vivifica la tierra; ella es la que produce los hermosos matices de las flores; ella la que tñe de púrpura y oro las nubes que al morir el día aparecen en Occidente; ella, en fin, la que, difundiendo por todas partes con sus fulgentes rayos la animación y la vida, nos revela el poder y la grandeza de Dios. Todo cuanto en la naturaleza hay de bello, todo lo que conmueve dulcemente nuestra alma, sumergiéndonos en grata contemplación, debe sus encantos á la luz.

¿Qué serían los cielos y la tierra si ese flúido no los envolviese en sus purísimos destellos?

¿Qué sería del mágico espectáculo de la creación?

Sin la luz no brillarian como lluvia de diamantes las gotas de rocío sobre los pétalos de las flores; los lagos y las fuentes no reflejarían en sus limpias aguas la imágen de los cielos; sin ella, no podríamos oontemplar esos millares de mundos suspendidos en el espacio, que despiertan en nuestra mente la idea de lo infinito, elevándola hasta Dios.

El alma, como la naturaleza, necesita de luz que la anime. Esta luz es la fé, que disipando las tinieblas de la duda, comunica á nuestro corazón la tranquilidad, la dulce paz, única felicidad posible en esta vida pasajera, y nos alienta cuando los sufrimientos agobian nuestro espíritu, recordándonos la felicidad imperecedera, el sumo bien á que aspira nuestra alma.

Siu la fé, el hastío y la duda desgarrarian el corazón; la existencia sería tan triste como la tierra sin la luz.

San Luis Potosí, Julio 15 de 1887.

Maria Armenta.



LA VIOLETA.

Oh! si alguien me revelara la historia de tu vida; si me describiera, aun cuando fuerá á grandes rasgos tu pasado, quedaria satisfecho uno de mis más vehementes deseos. Yo quisiera saber por qué, cuando las otras flores ostentan su hermosura ante el radiante y esplendente sol, tú te ocultas entre tus frescas y brillantes hojas? ¿por qué, cuando algún insecto de pintadas alas se aproxima á tí, cierras tu broche, negándole la dicha de contemplar tus encantos? ¿por qué, en fin, sólo en las altas horas de la noche, cuando las mariposas y las aves duermen tranquilas entre el ramaje, cuando todo está en reposo, sin escucharse más que el murmullo de las hojas movidas por el viento, tú, como si quisieras contemplar á la reina de la noche que con su plateado manto cubre á la tierra, levantas tu encantada faz, y entonces, la fuente que murmura admira tu belleza y manda, en alas de la brisa, brillantes y diamantinas gotas que esta coloca sobre tu frente cual una é imperial diadema.

Dime ¿por qué te ocultas cuando el sol con sus dorados rayos les dá mayor encanto á tus hermanas? ¿temes que ofusquen tu hermosura el elegante lirio meciéndose airoso en su flexible tallo, ó la magnolia que, al primer beso de la aurora, despliega su corola satisfecha y orgullosa? No temas linda flor, tú eres superior á todas las demás. Si no, dime, ¿por qué te busca el poeta, si no es para concebir sus divinos cantos? ¿por qué el inocente niño, en medio de sus infantiles juegos, despedaza con indiferencia los claveles, jazminez y amapolas, pero si te encuentra á tí, te coje cuidadosamente y animando su semblante una indecible alegría, dice, ésta es para mamá, y echa á correr hasta llegar al sitio donde se encuentra su adorada madre, y tendiendo su manecita le dice, mamá, mira que linda violeta corté para tí? ¿por qué, pues, te ocultas cuando tú eres la predilecta del genio y la inocencia?—No te contaré mi historia, por que nada tiene de extraordinario, sólo satisfaré; tu curiosidad acerca de lo que me preguntas.

Tú sabes, como yo, que es muy dulce inspirar simpatía á todos aquellos que nos rodean, que su ternura nos dá la mayor ventura; pero he comprendido que esta no se alcanza ni con la hermosura, ni con el poderio, ni con la gloria que proporciona un despejado talento, y si algún ser dotado con alguno de estos dones ha alcanzado popularidad y veneración, ha sido porque los emplea en bien de los demás y oculta su superioridad bajo el velo de la modestia. Por eso, cuando el Hacedor de todo

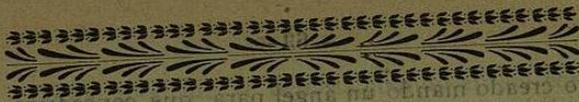
lo creado mandó un ángel para que concediera á las flores todas las mercedes que quisieran, el alado mensajero, acercándose á mí, exclamó: ¡Qué portentosa flor! una más bella no hay en el Eden! Y dirigiéndose á mí, me dijo: ¡Eres perfecta! sólo te voy á dar un elevado tallo para que seas la soberana de los pensiles. No, le dije, yo no ambiciono la admiración, sino el amor puro y santo de todo ser que encuentre ante mi paso, y esto no lo conseguiré si hago alarde de las gracias con que me adorna el cielo: dame, pues, mucho follaje para ocultarme.

—¡Oh! ahora me pareces mucho más hermosa, dijo con una voz tan dulce que me estremecí, y no sólo te doy mucho follaje, si que te doy mi aliento para que cautives al Universo con tu delicado perfume; y diciendo esto, besó mis pétalos y tendió su vuelo.

San Luis Potosí, Julio 15 de 1887.

Carlota Hernández.





A Hidalgo.

¿Qué objeto tan plausible viene á llenar nuestros pechos de entusiasmo y de júbilo? ¿Qué acontecimiento tan célebre viene hoy á ocupar nuestra memoria? ¿Porqué, llenos de gozo y de alegría, venimos á celebrar el aniversario de ese 16 de Setiembre de 1810, día en que nuestra hermosa patria vió por primera vez la luz de la libertad? ¡Día hermosísimo, cuyo sólo recuerdo basta para encender los ánimos y hacerlos arder en deseos de elevar ante el trono de ese gran genio, himnos y cantares de gratitud perpetua!

No á mis conocimientos me atengo al atreverme á escribir estas cortas líneas en honra del gran Padre de la Independencia, puesto que, mi ignorancia y tosco lenguaje me hacen comprender que, en vez de colocar una flor de suavísimo y embriagante aroma ante los altares de ese gran genio, no ofreceré sino la más humilde y despreciable, pero nacida del más puro de los sentimientos, y aun así como ofrecerla si, débil y marchita desde su nacimiento, caera deshojada al solo reflejo de la deslumbradora belleza de las innumerables sin duda que á sus piés se posarán,

de las inmarcesibles coronas que ceñirán la frente de la hermosa ninfa que, revestida de la paz y coronada de su gloria, sólo escucha las cadenciosas notas de esos cantos melodiosos con que sus hijos la saludan á ella y á su defensor? mas, no importa: pobre soy, pobre es la ofrenda; pero marcada con el sello de la gratitud.

Yo quisiera describir, aunque fuera con rústica expresión, los acontecimientos gloriosos que dieron lugar al hecho que hoy nos ocupa; mas ¿á qué traer á la memoria esas referencias históricas que aun á mí difícil me sería narrar? por esta razón cierro la historia y sólo abro esa página de oro en donde se refiere llegando á oídos de un anciano que su misión era repartir el pasto espiritual, una nueva fatal, cambia su ministerio por el ministerio cívico de la patria, é interrumpiendo los ayes lastimeros que exhalan sus hermanos, les anima con las solas palabras de "*Independencia y Libertad.*" Palabras sagradas que sólo los que sentían el dolor podían tomarlas en su verdadero sentido y venerarlas tal como debe ser.

Setenta y siete años ha que México, rompiendo las cadenas que la oprimían, prorrumpiendo ecos en su forma blandos cual la esencia de las flores, dulces cual los maternos besos, pero en su fondo terribles, ya que tenía que luchar con sus enemigos, vió que el encargado de llevar á cabo la empresa tan gloriosa fué ese venerable sacerdote que, dejando sellado con su sangre el camino que se debía se-

guir, dió ejemplo digno de imitarse. y que muriendo, supo inmortalizar su nombre que será bendito por todas las generaciones, y cuyo recuerdo ja más se extinguirá, mientras exista en Mexicanos gratitud y patriotismo.

Merced Vargas.

1887.

A MI PATRIA.

¡Patria! ¡cuán dulce es tu nombre á mi oído!
¡cuántos encantos irresistibles me trae al corazón! pues en tí se encierran las más caras afecciones de la vida; por tu potente influjo el mundo ha visto brillar hombres como los Griegos y Romanos de la antigüedad, y en nuestros tiempos, sin la llama de tu amor inextinguible, no tuviéramos ejemplos de rectitud, patriotismo y ardiente abnegación como en nuestro libertador Hidalgo.

Setenta y siete años ha que proclamó la idea que incendió todo un continente, porque nada hay tan atractivo como el grito de *libertad* cuando se sufre, y el de *patria* cuando esta se ve escarnecida y humillada.

Su corazón gigante, educado al continuo espectáculo del sufrimiento de los hijos de nuestro oprimido suelo, tuvo la energía y la fé del héroe y su mano empuña con viril esfuerzo la espada que nos dió nombre, que rasgó el capullo de la mariposa que debía ufana meterse al viento del progreso, y ostentar los colores de sus alas bajo un cielo de libertad y de gloria.....

Y murió; porque hacía falta un héroe al cielo; la venganza de sus enemigos tronó sobre aquella cabeza privilegiada y derramó sus cenizas que vivificaron su idea, pero no pudo destruir el monumento moral, la gratitud perenne en el pecho del que ha nacido libre.

Hoy, aniversario de tu idea, San Luis se engalana ufana; en nada quiere ceder á las demás joyas del trunfo de la patria, que brillantes se muestran en este día: los hombres, ardiendo el alterado corazón en entusiasmos, recuerdan tus hechos, y entre tanta animación y gloria, la potosina, á fuer de patriota, no puede permanecer insensible.

¡Quede á otras inteligencias el inspirarse en tu heroísmo y alabarte á la altura de tu nombre!

Si yo tuviera la potente voz del huracán que sin freno se desata en las soledades del país que hiciste libre, ó el acento de la tempestad que ruga en sus zonas tropicales, yo tendría para tí un canto gigante, que atravesando el espacio, hiciera estremecer tus cenizas; pero la voz de la mujer es demasiado débil, su acento no puede hoy alzarse más allá del hogar doo

méstico; pero allí puede hacer sentir el amor á la patria, y cuando todas las mexicanas sean verdaderamente patriotas, México será el primer país del mundo, porque entonces podrán decir imitando en patriotismo á las Espartanas, cuando estas presentaban el escudo del combate á sus hijos: "Vuelve con él ó sobre él."

San Luis Potosí, Septiembre. 15 de 1887.

Antonia Limón.

A Hidalgo.

El nombre de Hidalgo, dulce á los oídos de todo mexicano, me recuerda la memorable noche del 15 de Septiembre de 1810, en que renaba el más profundo silencio, interrumpido por un grito que llenó de terror á los españoles y de plausibles esperanzas á los hijos de Anáhuac.

Aquel grito que vibró en el espacio, escuchado en los confines de la tierra, y que hizo llorar de rabia al monarca de España que, al oírle, vió caer la más preciosa joya que enriqueciera su corona, fué lanzado por aquel venerable anciano que, cual la encina que desafía al huracán, al frente de una docena de serenos y de gente sin

disciplina, desafiaba al poderoso, y confiado sólo en que Dios le ayudaría á llevar á cabo la causa á que daba principio.

El sol del 16 de Septiembre de 1810 hirió con sus rayos el pendón que tremolaba en manos de nuestro libertador. En él vieron nuestros opresores, el lema: "*Independencia ó muerte,*" que los nobles hijos de México proclamaron llenos de fe y entusiasmo, inflamados sus corazones de amor patrio. A ejemplo del invicto héroe de Dolores, lanzábanse á derramar la última gota de sangre por libertar de la tiranía, en que tanto tiempo yacía su amado suelo, hasta que, obedeciendo á un derecho natural, se terminó la grandiosa obra del inmortal Hidalgo, del ilustre patricio, del intrépido Generalísimo de América, cuyas glorias jamás pluma alguna podrá ensalzar.

Hidalgo! sin tí, sufriríamos aún la cadena de la esclavitud; sin tí, México no sería ahora lo que es, una nación libre, que está llamada á figurar entre las primeras del mundo.

Recibe en este día, ¡oh padre de mi Patria! las manifestaciones de mi eterna gratitud, por el servicio de inestimable valor que hiciste á nuestro suelo, cambiando tu vida por su libertad.

Yo te saludo, mártir de nuestra Independencia, y á todos los caudillos que contribuyeron á la consecución de ella, hasta el ilustre Juárez; y te consagro mis humildes palabras en testimonio de respeto á tu inmortal memoria por que nuestra México nunca sufra ser avasallada, y para que marche siempre por el ca-

mino de la civilización y de la prosperidad, une sus votos á los Ituyos, la que con orgullo se llama tu compatriota.

Alaquines, Septiembre de 1887.

Felisa Orta.

A mis lectoras.

La afectación estudiada en los modales y adornos, en las palabras y acciones.

He aquí uno de los mayores escollos con que se estrella al débil esquiote de la mujer, y es tanto más peligroso cuanto que el deseo de agradar es innato en ella, y si es cierto que usado con moderación realza sus atractivos, también lo es que, siendo immoderado, la conduce á su perdición.

El término medio entre el desaseo y demasiado adorno sólo lo descubre el ojo ojercitado de una madre virtuosa, y el talento y buen juicio intuitivos de que están adornadas algunas jóvenes; pero este último es sumamente raro, porque generalmente en la época de la juventud, la mujer se deja llevar de la lisonja que, halagando sus oídos, se infiltra en su al-

ma para halagar también su vanidad, y pocas, muy pocas son las que, cerrando sus oídos á ella, siguen los impulsos de un buen criterio.

Nada diré á las que tienen la dicha de tener una madre que vale por ellas y con sus consejos las libre de este defecto. Así pues, me dirijo á las que tienen la desgracia de carecer de ella, habiéndola perdido en una edad muy tierna.

El adorno es, en mi concepto, una cosa accesorio y no esencial. El aseo, lo exige la buena educación, es una de las cosas que dá á conocer la virtud; pues la pureza del alma se refleja en la pulcritud de la persona. Pero, por el contrario, hacer del deseo de agradar la ocupación única de la vida, dedicando al tocador largas horas, descuidándose de la educación intelectual tan necesaria y de las faenas domésticas, es el extremo vicioso del demasiado adorno.

La que esto hace no cumple con sus deberes religiosos, pues no va al templo más que para ver y ser vista; no cumple con sus deberes sociales, porque tiempo le falta para componerse. No hay mayor deleite para ella que el murmullo que se levanta á su paso, celebrando su hermosura, sin considerar que ese murmullo es muchas veces de burla y de desprecio por los mismos que ella creó sus admiradores.

Este es uno de los muchos males á que conduce este vicio, pero sería largo enumerarlos uno por uno, fatigando la atención de mis lec-

toras, como sin duda lo he hecho hasta aquí con mis mal enlazadas ideas.

Por lo que, me limitaré á recomendar el aseo, pero evitando la presunción y la vanidad.

Refugio Marmolejo.

1887.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

En un cenador, formado por la sencilla madre selva y el aromático jazmín, se hallaba una mujer de esbelta figura y encantadora fisonomía. Una elegante bata color de paja y una cinta de terciopelo azul que ceñía su alabastrino cuello componían su sencillez traje, y sus aristocráticas primorosas manos bordeaban con suma destreza un pañuelo de finísima batista, colocado en un lindo bastidor de palo de rosa.

Alegre y ruidosa carcajada hizo levantar de la labor su hermosísima cabeza, y su dulce y expresiva mirada fué á encontrarse con la de un niño de nueve á diez años de edad que llevaba en la mano un pequeño libro.

—¿Qué tienes? Luis, preguntó con ese acento especial que sólo saben emplear las madres en amoradas de sus hijos.

—Figúrate, mamá, que hice caer en la trampa

á Salón, y ahora tiene el agua hasta el cuello y está desesperado por salirse... ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—No seas cruel, Luis, contestó la madre severamente: el niño que se divierte con el tormento de los animales, más tarde, ve con indiferencia y aun se complace en el sufrimiento del hombre. Vé á sacar á ese animalito y vuelve luego á darme la lección; supongo que ya la sabrás.

—Sí, mamá, y te iba á pedir permiso para coger mariposas tan luego como te la oiera; pues ya sabes que las contemplo un momento y las dejo en libertad; pero... ya te enfadaste y no me consideras.

—Vé á hacer lo que te mando y vuelve luego, pues ya sabes que siendo dócil, obsequio todos tus deseos.

Pocos momentos después volvió Luis seguido de un perro de Terranova el cual, después de hacer mil fiestas á su ama y sacudir sus hermosas lanas, fué á echarse á los piés del niño que, sentado enfrente de ésta, se preparaba á dar su lección.

—Vamos, hijo mío, dijo la madre ¿qué tienes que decir de las *Obras de Misericordia*? Creo que esta es la lección que tienes ahora.

—Sí, mamá, por cierto que me he rompido bien la cabeza con aquella que dice "*Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.*"

—¿Y no más esa há llamado tu atención?

—Sí; porque no más esa no he comprendido; las demás están bastante claras.

—Dímelas, pues, todas y explícame cada una de ellas.

—La primera, *dar de comer al hambriento*; la segunda, *dar de beber al sediento*. pero mamá, el otro día te las enumeré todas y me digiste que ahora sólo diría la explicación.

—Pues bien, continúa explicando.

—Las corporales se reducen á aconsejarnos que proporcionemos á nuestros semejantes todo aquello de que carecen y tienen necesidad.

Paso á explicar las espirituales: la primera, *enseñar al que no sabe*, esto es, enseñarle á conocer sus deberes para con Dios, para con sus semejantes, para consigo mismo, y algún arte ú oficio que le proporcione el pan de cada día. ¿No es esto?

—Sí, hijo mío: veo que aprovechas mis explicaciones; sólo falta que á la teoría unas la práctica; si lo haces así, el ángel que te guía sonreirá de gozo al contemplar tu alma tan bella.

—¿El ángel de mi guarda, mamá?

—Sí; el ángel que durante tu sueño te cubre con sus blancas alas ahuyentando así el espíritu maligno que ansía poner en tu mente imágenes infernales: continúa, pues.

—La segunda, *dar buen consejo al que lo ha menester*, y la tercera, *corregir al que yerra*: estas me parecen muy difíciles de cumplir.

—¿Y por qué lo crees así?

—Porque yo he querido aconsejar á mis compañeros de colegio cuando creo que van á cometer una falta, y jamás lo he conseguido;

pues se irritan y comienzan á refutar mis observaciones en tono burlesco.

—Pero eso depende de la manera con que tú lo hagas: claro es que si te vales de duras expresiones, y tu acento es imperativo, comenzando por herir su amor propio, acabarás por exasperarlos, y no es extraño que te llenen de improperios. "*Las palabras suaves, dice el sabio Salomón, calman los ánimos.*" acostumbra en tus discursos esa entonación dulce y amistosa que aconseja la buena educación; haz que tus palabras respiren, no la severidad de un superior, sino el interés de un amigo cariñoso, y tus advertencias no serán infructuosas.

—Así lo haré; voy á explicar la cuarta, que es *perdonar las injurias*, es decir, olvidar el mal que se nos haga y portarnos con nuestros enemigos de la misma manera que si nunca nos hubieran causado la menor molestia.

He llegado á la que no he comprendido: *Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestro prójimo*; nó te parece, mamá, que esta debería estar incluida en las corporales?

—No, porque no se trata de la flaqueza del cuerpo, sino de la flaqueza del alma; para que me entiendas mejor, de la debilidad del espíritu, por la cual nos dejamos arrastrar por el torbellino de las pasiones.

—No lo he comprendido bien: sírvete ponerme un ejemplo.

—Lo haré con gusto, pues veo que fijas tu atención en lo más esencial. Figúrate, un hombre que conoce perfectamente sus deberes, y sabe que tanto la mentira como la murmura-

ción son degradantes; pero que, á pesar de eso, á cada paso mancha sus labios con la primera y se pone al nivel del vulgo, ocupándose de la segunda: este hombre puede tener un cuerpo robusto y fuerte, pero su espíritu es muy flaco y débil, pues que no puede resistir los ataques de dos vicios muy fáciles de combatir; este hombre se mofará de nuestras acciones más sencillas, criticará nuestros trajés, nuestras expresiones; sus conversaciones, mezcladas siempre de falsedades; nos serán molestas y enojosas; en una palabra, ese hombre no inspirará mas que desprecio; pero nosotros, recordando la sexta obra de misericordia, tendremos que sufrirle con paciencia, es decir, hacer que ese mismo desprecio se convierta en compasión é indulgencia. Pero es tarde, y tu papá nos espera; mañana continuarás.

11.

Han trascurrido veinte años: en la puerta de San Francisco se halla un limosnero: de vez en cuando hace un gesto de disgusto como si esperara con impaciencia á alguien.

Qué no será él? exclama á media voz, pero no, no puedo engañarme.... si el retrato de su padre. ¡Ah! Dios mío! Dios mío! Qué horrible es el remordimiento! y una gruesa lágrima rodó por sus demacradas mejillas; luego se oyeron pasos que se aproximaban á la puerta, y el infeliz se puso lívido y comenzó á temblar; pocos segundos después apareció un hombre de veintiocho treinta años de edad; su complexión era hercúlea, su semblante un tanto moreno pero extraordinariamente hermoso, y en sus negros y rasgados

ojos se leía no sé qué misterios del alma; tal vez la melancolía, tal vez el desencanto, y... quien sabe si alguna pena infinita, pero velada por una dulce resignación. El pordiosero, al verlo, cayó á sus piés y le abrazó las rodillas.

—Pero, ¿qué es esto? dijo el desconocido, ¿Qué es lo que queréis?

—¡Misericordia! .. ¡Perdón! exclamó el infeliz mendigo; tú no me conoces, Luis: yo fui el asesino de tu padre: yo incendié tu casa cuando apenas contabas tú doce años, y apoderándome de toda tu fortuna... pero tú ya lo sabes todo; evita-me la pena de relatar mis crímenes; hoy me hallo á las orillas del sepulcro y necesito tu perdón para morir tranquilo. ¡Ay! mis hijos! qué será de mis pobres hijos!

Luis estaba pálido como un cadáver, un relámpago de ira cruzó por sus ojos; pero, dominándose, le dijo:

—Vete, estás perdonado; si tú mueres, yo cuidaré de tus hijos.

—¡Oh! bendito seas!... bendito seas! exclamó el pordiosero bañado en llanto y se arrojó á los piés de Luis para besarlos: éste se inclinó para levantarlo, pero ya era un cadáver.

Después, siempre se veía en los paseos un elegante caballero con dos niños, rubios como los rayos del sol que besan las flores del almembro, y una niña hermosa como un sueño de ventura. Al verlo repartir igualmente sus caricias entre aquellos inocentes, nadie hubiera adivinado que eran hijos del asesino de su padre.

¡Dichosas las madres que saben sembrar y hacer que fructifique la sublime doctrina de aquel que dijo: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

Ana María Romo.

1887

La Tempestad.

Ya apenas brilla la luz crepuscular; imensos nubarrones de tintes oscuros se van elevando lentamente sobre el horizonte; de cuando en cuando se oye un ronco y prolongado trueno; las aves temerosas se esconden en sus nidos, y las golondrinas vuelan inquietas de aquí para allá casi tocando el suelo; un ligero viento, algo húmedo, sopla, y las plantas y las flores tiemblan á su contacto porque presienten la tempestad.

El humilde labrador, que pasó todo el día trabajando, siente palpar su corazón, y con mirada inquieta escudriña el horizonte, y quiere penetrar al seno mismo de las nubes que se ajitan sobre su cabeza, para descubrir en ellas agmagnitud de la tormenta, que amenaza des-

truir, cuanto él ama en aquel campo que ha regado con el sudor de su frente.

Quiere poner al abrigo sus corderillos que balan tristemente, y quiere huir pronto á su cabaña para librase del peligro que le amenaza, porque á pesar de estar acostumbrado á estas escenas de la naturaleza, la vista de este cuadro precursor de la tempestad, le hace temblar.

Por fin, se refugia en su choza, y ahí, rodeado de su familia, eleva sus plegarias al cielo, y permanece así arrodillado largo rato. Después se levanta más tranquilo, en su semblante se leen dos sentimientos distintos: el temor de ver destruidas sus cosechas y perdidos así sus afanes, y la dulce esperanza que infunde en toda alma cristiana la oración.

Pero llega el momento temido: el cielo parece sordo á las plegarias; pues, en vez de alejarse la tempestad, comienzan á caer escasas y gruesas gotas que, aumentando por instantes, se convierten en torrentes que con estrépito bajan de las montañas; el huracán doblega hasta el suelo los árboles más gigantescos; ya no se ve el menor rayo de luz que haga menos aterradora esta escena; la oscuridad es interrumpida á intervalos por relámpagos de deslumbrante claridad; el trueno, que á poco era débil y apagado, se oye ahora con tal fuerza, que parece derribar cuanto existe, y se repercute sonoro en las cavidades de las rocas, haciendo estremecer de terror al hombre más audaz: ya no se ven sólo las sencillas golondrinas que asustadas vuelan cerca del suelo, sino la

multitud de aves enormes que estaban en sus nidos; el águila, que orgullosa acostumbra hender los aires, lanza horribles graznidos, y los humildes corderillos que habían buscado abrigo en alguna cueva ó entre las asperezas de una peña, salen en desorden, impulsados por el viento, y se dispersan en todas direcciones.

¡Ah! ¡Qué momento tan solemne y majestuoso, y cómo habla al corazón y hace pensar en el poder infinito de Dios.

Pasó el momento terrible de angustia y espanto para aquel hombre que juzga perdido el fruto de sus fatigas, que ve destruidas sus más bellas esperanzas de paz y de tranquilidad. Y ¿creeréis acaso que siente desfallecer su ánimo y se desespera? No: la oración que dirigió el cielo ha fortificado su alma, y ésta no se abate en la desgracia, porque reconoce en todo la mano de su Dios, y el espectáculo de esta noche le ha hecho pensar en El.

Pero ¿acaso hay algo que no nos hable de ese Ser, todo bondad y todo amor para con sus criaturas?

Si contemplamos una noche tranquila y serena, iluminada por la luna y las estrellas, esa luna y esas estrellas nos hablan de su bondad y de su amor; si, por el contrario, vemos una noche oscura y tempestuosa, los relámpagos y los truenos nos recuerdan su poder y majestad.

Diciembre 15 de 1887.

Ramona Castillo Salazar.



Una buena Acción.

Era de noche y la luna se levantaba radiante y majestuosa, vertiendo sus plateados rayos sobre una extensa llanura limitada á lo lejos por elevados montes, y sembrada por todas partes de una multitud de plantas que, brotando unas del seno mismo de la tierra, y otras como desdeñando habitar en ella, se habían fijado en las copas de los árboles.

Un misterioso silencio reinaba en aquel lugar, interrumpido apenas por el murmullo del río y el vago aleteo de los pájaros que anidaban entre el follaje. La atmósfera, sin estar empañada por el más ligero vapor, dejaba ver una multitud de astros que, centelleando unos, en completa quietud los otros, tachonaban la bóveda celeste.

A la margen derecha del río se descubría una humilde cabaña, y no muy lejos un grupo de personas.

Una hermosa joven como de trece años ocupaba el centro. Su anciano padre, sentado á

su diestra en una roca basáltica, fijaba en ella su lánguida mirada. Una mujer y dos hermosos niños completaban el grupo.

La niña acababa de contar cómo con sus pequeños ahorros había quitado de la orilla del sepulcro á un pobre anciano que carecía de recursos para aliviar sus males.

Todos permanecían en silencio, poseídos de admiración y de ternura por lo que acababan de oír.

Dos transparentes lágrimas como cristal fundido rodaron por las rosadas mejillas de la joven, perdiéndose después entre la espesa yerba, los niños lloraron también, y su llanto se mezcló con el del venerable anciano.

—¡Oh! dijo la madre, hemos llegado al colmo de la felicidad; sus tenues rayos se difunden por todo mi ser como la claridad de la luna, que melancólica alumbra la superficie de la tierra.

—En efecto, replicó la niña, mi conciencia me dice que he obrado bien, y escucho su voz que murmura á mis oídos palabras cariñosas.

Dos semanas han trascurrido, y aquella familia que escasamente vivía con su trabajo, se encuentra hoy poseedora de una elegante finca en la ciudad inmediata, pues, poco tiempo después de aquel feliz suceso, llegó el hijo de aquel á quien la niña con sus escasos ahorros había quitado de la orilla del sepulcro, y colmó de bienes á los bienhechores de su amado padre.

Enero 15 de 1888.

Gerónima Villa.



LIGEROS APUNTES.

San Luis Potosí, Marzo 15 de 1888

Observando con atención todas las maravillas que la naturaleza nos ofrece, descubrimos que hay un Ser que todo lo puede, que es infinitamente bondadoso. Ya contemplemos esos globos luminosos que giran en el espacio sometidos á tan admirables leyes, ya dirijamos nuestra vista sobre la tierra para observar los seres que la pueblan, no vemos otra cosa sino pruebas de la sabiduría del Eterno.

Pero la mayor de todas las maravillas es el hombre. Observando su organismo, es más completo y perfecto, hay más armonía y correspondencia en sus partes que en los demás animales, en relación con los hechos del principio consciente, libre y responsable, al cual debe su superioridad entre todas las cosas creadas. Domina al mundo con su inteligencia y convierte á los demás animales en dóciles esclavos. Unos le dan su lana, seda, plumas, para cubrir su cuerpo; otros le auxilian con sus fuerzas, valor é instintos. Las piedras inertes sirven también para sus usos. Con ellas cons-